

“Bienaventurados Los Que Lloran”

Mateo 5:4 “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.”

En el mundo, el llanto suele verse como un signo de fragilidad, derrota o tristeza. Pero en el Reino de Dios, Jesús le da un valor completamente diferente: los que lloran son llamados bienaventurados, es decir, dichosos, afortunados, profundamente bendecidos. ¿Por qué? Porque el llanto que nace de un corazón sincero abre la puerta a la consolación divina.

1. No es cualquier llanto: es el llanto del corazón sensible

El llanto del que habla Jesús no es solo el dolor por las dificultades de la vida. Es también:

- El llanto por el pecado propio.
- El llanto por el dolor de otros.
- El llanto por un mundo quebrantado.
- El llanto que surge cuando reconocemos nuestra necesidad de Dios.

Este tipo de dolor no endurece, sino que suaviza, purifica y acerca a Dios.

2. Dios no ignora las lágrimas

Cada lágrima derramada con sinceridad es vista por Dios. El Salmista lo expresa de forma hermosa: “[Tú has recogido mis lágrimas en tu redoma](#)” ([Salmo 56:8](#)). Nada de lo que te duele pasa desapercibido para nuestro Padre. Él no solo mira: Él acompaña, sostiene, fortalece y promete consolar.

3. La consolación de Dios es diferente

Cuando Dios consuela, no solo seca lágrimas: restaura la esperanza, levanta el espíritu, renueva la fe y trae paz al alma. Su consuelo no es momentáneo ni superficial. Es una obra profunda que abre camino a nuevas fuerzas. Jesús prometió enviar al Consolador, el Espíritu Santo. Eso significa que el consuelo de Dios no es un evento, sino una presencia constante.

4. Llorar no te hace débil; te hace humano y te acerca a Dios

Jesús mismo lloró ([Juan 11:35](#)). Lloró por Sus amigos, por Jerusalén, por el dolor que vio en el mundo. Si el Hijo de Dios lloró, ¿por qué nosotros deberíamos avergonzarnos de hacerlo? Las lágrimas no son señal de falta de fe; muchas veces son el camino por el que Dios trabaja en nuestro interior.

5. La promesa final: ellos recibirán consolación

No dice “quizás”, ni “si esperan lo suficiente”. Dice “[recibirán](#)”. Esa es una promesa del Padre. Una garantía divina.

Y esa consolación llega de muchas maneras:

- A través de Su Palabra.
- A través del Espíritu Santo.
- A través de hermanos y hermanas que abrazan.
- A través de respuestas que llegan en el tiempo perfecto.
- A través de una paz que no se puede explicar.

Y, finalmente, llegará en plenitud cuando “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (**Apocalipsis 21:4**).

Aplicación para nuestra vida

- No escondan su dolor de Dios; preséntenselo con sinceridad.
- Permitan que sus lágrimas les acerquen más al Señor, no les alejen de Él.
- Confíen en que el consuelo de Dios siempre llega.
- Acompañen a otros en su dolor; Dios también consuela a través de nosotros.
- Recuerden: el llanto puede durar una noche, pero la alegría viene al amanecer (**Salmo 30:5**).

©Dejando Que La Biblia Hable
- Ev. Jesús Muñoz